



"Soy un pintor de vivencias, de temas, de series, éstas no se suceden una tras otra, se trasladan, no terminan en una fecha dada, reaparecen continuamente diez o veinte años después en otra forma".

CARLA MOLLER

El artista expone una vez más en la Galería Praxis hasta el 20 de agosto

## Nemesio Antúnez no sabe de cansancios ni de arrugas

Son los cincuenta años inaugurales de su pintura: las primeras cordilleras, los primeros volantines, los apuntes de viaje y los dibujos para la lección de artes plásticas en el colegio.

Desde las primeras cordilleras, los primeros combates de volantines, los primeros ensayos de óleos, los primeros apuntes de viaje y los primeros dibujos para la lección de artes plásticas como alumno del colegio de los Sagrados Corazones, hasta las más recientes telas pintadas este año —donde están las mismas primeras cordilleras y volantines—, hay en la *Exposición retrospectiva 1938-1988* de Nemesio Antúnez que estará en Galería Praxis (Avenida Suecia 0161) hasta el 20 de agosto.

Son los cincuenta años inaugurales de su pintura, después de los cuales —dice— seguirán otros cincuenta años, porque a lo de retrospectivo él no quiere darle tono funerario ni final alguno, porque "yo no me acabo aquí. Estas son mis memorias, pero no las últimas memorias".

### Del barrio de Nueva York

Comenta que él pinta no más, que pinta a Chile aunque no pueda estar mucho tiempo en el mismo lugar, y que siempre ha llevado todos sus temas a cuestas.

—Siempre he pintado la cordillera, por ejemplo. Soy un pintor de vivencias, de temas, de series, estas no se suceden una tras otra, se trasladan, no terminan en una fecha dada, reaparecen continuamente diez o veinte años después en otra forma.

Las construcciones grises de Nueva York por ejemplo, donde llegó a comienzos de los cuarenta. Vivía en un barrio de inmigrantes, con 17 dólares mensuales que incluían agua caliente, aunque la tina de baño estaba en el vestíbulo de su casa.

### Pintando ánimas

Era cerca del barrio de los bares, donde él se paseaba y luego pintaba a las ánimas que por allí circulaban. Aquellas figuras de hombres anónimos permanecieron, pero se fueron empujando

ciendo cada vez más, entre las grandes moles urbanas que aplastan el mundo vegetal.

Su técnica era inventada porque sólo había estudiado arquitectura y grabado. Hasta que se fue a París y conoció la pintura-pintura. Trasládase de Nueva York a Francia fue como "pasar de un *hot dog* a un *filet mignon*, de John Wayne a Ives Montand, del gris-negro al amarillo-azul".

### Los detalles de París

Comenzó a pintar detalles; los manteles cuadriculados de los *bistrós* por ejemplo, que luego siguió desarrollando en sus proverbiales cuadraditos. "Me decían que eso era *op art*, pero yo detesto el *op*, el *pop*, el *cop*, detesto las modas".

"Los cincuenta primeros años son sólo los cincuenta primeros años. Después de ellos vendrán otros, y nada de buenas noches los pastores. Yo no me acabo aquí. Estas son mis memorias, pero no las últimas memorias".

Cuando volvió a Chile, sus formas se volvieron más vernáculas, más grandes: paisajes, rodeos, bicicletas y las cordilleras infaltables.

Fundó el taller 99 de grabado y trabajó para crear muchas de las instituciones artísticas que hasta ahora sobreviven, hasta que partió nuevamente a Nueva York como agregado cultural.

Obsequió entonces el mural *Corazón de Los Andes* a la sede central de la Organización de las Naciones Unidas, donde está el interior del lapislázuli, el cobre, el salitre.

Aparecieron también las primeras canchas de fútbol y las primeras camas, que a él le gustan porque en ellas está la vida, está la muerte y está el amor, todo junto. Lo mismo que en los tangos, bailados por dos personas en común acuerdo.

Sin embargo, por algún tiempo la pintura quedó sólo para los sábados, domingos y lunes porque en 1969 lo llamaron para hacerse cargo del Museo Nacional de Bellas Artes.

Lo convirtió en un lugar vivo y lleno de sorpresas: Los Jaivas, Los Blops, Inti Illimani, moda chilota; arte de la India, de la Costa del Marfil, de jóvenes chilenos que tenían las puertas abiertas.

### Se apagó la luz

Hasta que el edificio del Museo fue allanado y atacado en septiembre de 1973.

Ese fue el momento en que para Nemesio Antúnez —no como arte político, sino por inquietud de pura humanidad— las camas se encajonaron, La Moneda se incendió y el estadio se puso negro.

Eso fue en la ciudad de Barcelona, y luego a Londres partió el pintor con su familia. Después vino Roma por dos años, que fueron, dice, "como cargar las baterías, un acierto total antes de reintegrarse a la vida chilena".

Ahora está aquí desde 1984. El trabajo constante en un taller le costó porque para él no es posible que un artista se aísle de su medio. Pero distribuyó su tiempo y además de trabajar para que no haya en Chile más camas encajonadas, sigue pintando telas de tierra y de aire, con las cordilleras y los volantines de siempre.

Ruega Nemesio Antúnez que respeten su tiempo: "Los cincuenta primeros años son sólo los cincuenta primeros años. Después de ellos vendrán otros, y nada de buenas noches los pastores".